

mulas. Pero, pues nos abandonáis el cuidado de ilustrar su espíritu, á lo menos reservaos el de formar sus corazones. ¡Ah! ¿De qué sirven las luces, los talentos, de qué todo el aparato de la sabiduría, sin la bondad y rectitud del corazón? Sí, ilustres compañeras, sí, yo os lo aseguro; y la voz del defensor de los derechos de vuestro sexo no debe ser sospechosa; yo os lo repito, á vosotras toca formar el corazón de los ciudadanos. Inspirad en ellos aquellas tiernas afecciones á que están unidos el bien y la dicha de la humanidad; inspiradles la sensibilidad, esta amable virtud, que vosotras recibisteis de la naturaleza, y que el hombre alcanza apenas á fuerza de reflexión y de estudio. Hacedlos sencillos, esforzados, compasivos, generosos; pero sobre todo hacedlos amantes de la verdad y de la patria. Disponedlos así á recibir la ilustración que Carlos quiere vincular en sus pueblos, y preparadlos para ser algún día recompensa y consolación de vuestros afanes, gloria de sus familias, dignos imitadores de vuestro celo y bienhechores de la nación.



## ORACION INAUGURAL

á la apertura del Real Instituto Asturiano

*Quid verum, quid utile.*

**S**EÑORES: Doce años habrá que hablando yo en nuestra Sociedad Patriótica sobre los medios de acelerar la prosperidad de Asturias, tuve el honor de proponer á sus celosos individuos que ninguno sería tan eficaz y provechoso, ninguno tan digno de su celo y solicitud, como el atraer á su suelo el estudio de las ciencias naturales. Algunos de los que ahora me oyen fueron testigos del ardor con que procuré persuadir tan provechosa verdad, por más que nos juzgásemos todavía muy distantes de las felices circunstancias que hacen hoy más y más necesario este estudio. ¿Quién nos diría entonces que después de un período tan breve, y en medio de las brillantes esperanzas que abren á nuestra idea la protección de un rey bueno y el influjo de un ministro celoso, veríamos cumplido aquel justo deseo? Y ¿quién me diría á mí que volvería de tan lejos á ocupar esta silla, tan cerca de las paredes que me vieron nacer, entre los compañeros de mi niñez y primeros estudios, y rodeado de tantos y tan distinguidos personajes, para anunciar á mi patria tan señalado beneficio?

Pues no es otra, amados compatriotas, la misión de que estoy encargado; no es otro el objeto de la presente solemnidad. Preparaos ya á recibir el bien que os traigo, preparaos á celebrarle, no con vanas demostraciones de alegría, sino con puros sentimientos de amor y gratitud al monarca que os le dispensa. Después de haber empleado en su logro todos los esfuerzos de mi celo, ¿qué me resta que hacer, sino presentar á vuestros ojos las ventajas que os promete y la obligación en que os constituye? Esto es lo que servirá de materia al presente discurso, si mereciere vuestra atención.

Sí, señores; la deuda que contraemos hoy es inmensa, porque lo es en valor el dón con que nos ha enriquecido nuestro buen rey. ¿Hay por ventura sobre la tierra cosa más noble ni más preciosa que la sabiduría? Pues ved aquí que Carlos IV quiere domiciliarla entre vosotros. Ya no tendréis que abandonar vuestra patria para alcanzarla, ni que peregrinar en pos de ella, buscándola, como Pitágoras, en países remotos. Este instituto de enseñanza que ahora inauguramos es un monumento que su mano benéfica levanta á las ciencias, para que en él sean perpetuamente cultivadas y honradas. Aquí tendrán siempre alimento y morada, y los depositarios de su doctrina se ocuparán continuamente en derramar sobre este suelo su luz y sus tesoros.

¿Y qué otro dón pudiera ser más digno de vuestro reconocimiento? Sin duda que entre cuantos puede hacer á sus pueblos un monarca justo, ninguno es tan grande, tan provechoso como la ilustración. Si le queréis estimar justamente, pensad en los males que ha desterrado del mundo, y volved un instante los ojos á aquellos infelices pueblos que yacen todavía en su ignorancia primitiva. La tierra no produce para ellos sino malezas y abrojos. Pobres y vagabundos sobre ella, tienen que disputar con las fieras el suelo que pisan, las grutas en que moran y hasta el grosero alimento de que viven y se mantienen. ¿Qué artes acuden, no ya á la satisfacción de sus deseos, sino al socorro de sus necesidades? Ó condenados á sufrir el continuo estímulo de tan punzantes privaciones, ¿qué esperanzas, qué ideas de resignación y consuelo pueden conservar la paz y tranquilidad de su espíritu? ¿Hay por ventura espectáculo más triste que ver sujeto y esclavizado á la naturaleza el hombre que nació para enseñorearla?

Y he aquí por qué la instrucción de los pueblos fué entre los sabios de la antigüedad el primer objeto de la legislación. Desde Confucio á Zoroastro, y desde Solón hasta Numa Pompilio, cultivar el espíritu y formar el corazón de los hombres fué el grande fin de las instituciones políticas. Leed los fragmentos de sus leyes, y los hallaréis más henchidos de máximas de educación que de reglamentos de policía. Todas se dirigen á engrandecer las almas, y si algunas á perfeccionar las facultades físicas del cuerpo, endureciéndole y acostumbrándole á la agilidad y á la fatiga, era sólo para arraigar en los ciudadanos aquellas dos grandes virtudes sobre que descansan los estados: el valor, como el primer apoyo de la seguridad pública, y el amor al trabajo, como primera fuente de la felicidad individual. Tal era entonces, tan sencillo y sublime el carácter de la sabiduría. La moral pública y privada era su único objeto. Este solo estudio ilustró á tantos hombres célebres, este solo mereció la aplicación y vigilias de tantos legisladores y filósofos; por él fueron afirmadas y ennoblecidas las antiguas repúblicas, por él exaltadas las almas de sus ciudadanos; y por él engendradas aquellas altas virtudes que arrebatan todavía nuestra admiración, y que darán eterno testimonio de la excelencia de su sabiduría.

¡Pluguiera á Dios, amados compatriotas, que en este día, consagrado á la verdad y á la utilidad pública, no tuviese yo que proponer otro estudio á vuestra aplicación! ¡Pluguiera á Dios que en él solo se afianzasen todavía la seguridad de los estados y la fortuna de sus miembros! ¡Pluguiera á Dios que en la presente corrupción de ideas y costumbres rayase á lo menos la esperanza de recobrar algún día aquella inocente y venturosa sencillez! Entonces la sabiduría que reinó en medio de ella, fuera el primero, fuera el único objeto de mis exhortaciones. Entonces, temeroso de corromperla ó de alejarla de nuestro suelo, y señalando con el dedo los augustos aledaños que la circunscriben, «Volved, os diría, volved los ojos á esas rocas altísimas que se levantan al mediodía, y ved en ellas el valladar inaccesible que la naturaleza interpuso para separarnos del resto de la tierra. Tended la vista al proceloso mar Cantábrico, y ved en esas olas bramadoras, que baten el cimiento de vuestras moradas, el terrible límite que señaló á vuestra ambición. Allende de estas eternas barreras

no encontraréis sino monstruos y peligros. Guardaos de traspasarlas en busca de una felicidad que la Providencia colocó más cerca de nosotros. Miradlas más bien como términos señalados á la división de vuestros pueblos, para reducir la esfera de su trabajo y sus deseos, para reconcentrarlos en el seno de sus familias, y para estrechar más y más aquellos tiernos vínculos que las hacen venturosas. No aspiréis á otra felicidad, no aspiréis á otra sabiduría que á la que puede asegurarla, y para ser felices, tratad solamente de ser virtuosos.»

Pero ¡ah! ¿quién podrá revocar aquella inocente edad, que pasó como un relámpago, para no aparecer más sobre la tierra? La ambición la desterró para siempre de su superficie; la ambición, que levantando su trono sobre el de la virtud, todo lo trastocó, todo lo corrompió, todo, hasta los objetos de la sabiduría, que parecían inmutables como ella. Un general frenesí que difundió por todas partes y que infundió en todos los corazones, hizo á los hombres poner su gloria en la muerte y la desolación. Desde entonces la fuerza triunfó de la virtud, y la ignorancia de la sabiduría. Así la sabia Grecia, ennoblecida con la santidad de Cimón y de Sócrates, pereció á manos del grosero Mummio; y así también la prudente Roma, á quien engrandecieran más las virtudes de Régulo y Catón que sus sangrientos triunfos, cedió al furor del pueblo insipiente y bárbaro, que restableció sobre la tierra el imperio de la ignorancia.

¡Ah! separemos la vista de una época tan funesta para la humanidad como vergonzosa á la sabiduría. ¡Qué nos presenta la historia de diez siglos, sino violencias é injusticias, guerra y destrucción, horror y calamidad! ¡Oh siglos de ignorancia y superstición! ¡Siglos de ambición y de ruina, y de infamia y de llanto para el género humano! La sabiduría os recordará siempre con execración, y la humanidad llorará perpetuamente sobre vuestra memoria.

Al salir de este triste período, volvieron á conocer los legisladores que la fortuna de los estados era inseparable de la de los pueblos, y que para hacer á los pueblos felices era preciso ilustrarlos. Entonces renació el aprecio de las letras, y la legislación, reconciliada con la sabiduría, se apresuró á multiplicar los institutos de enseñanza pública.

¿Y cuáles, en tan feliz revolución, pudieran ser los objetos de esta enseñanza? ¿Cuáles, cuando la legislación tenía que purgar el santuario de las inmundicias con que la superstición había pretendido manchar el dogma, la moral y la venerable disciplina de la Iglesia; cuando tenía que desterrar las feroces máximas que la prepotencia feudal introdujera en el templo de la justicia; cuando tenía que hacer la guerra á la ambición de las clases poderosas, encaramadas sobre las débiles sólo para oprimirlas y conculcar sus derechos; cuando, en fin, tenía que afirmar los cimientos de la soberanía, y mientras refrenaba con una mano las irrupciones del poder, tender la otra para cubrir á los inermes pueblos con el escudo de su protección? Estos santos oficios pedían á la legislación nuevos y muy varios conocimientos. Para alcanzarlos era preciso perfeccionar las artes del discurso y el raciocinio, corrompidas también por la ignorancia, y ved aquí por qué las humanidades, la dialéctica, la teología y la jurisprudencia, fueron los primeros objetos del estudio en la renovación de las letras.

En aquel general impulso que arrastró en pos de ellas todas las naciones de Europa, ninguna las buscó con más afán, ninguna las cultivó con más gloria que la ingeniosa España. ¡Ah! si esta gloria pudiese contentar nuestro celo, si en esta sola sabiduría descansase la dicha y la seguridad de un pueblo, ¿qué nación pudiera decirse más fuerte y venturosa que la nuestra?

Pero mientras, desvanecidos con este esplendor y confiados en nuestra propia grandeza, dábamos todas nuestras vigiliias á las ciencias intelectuales, otros pueblos, más atentos á su seguridad, promovían el estudio de la naturaleza, que una nueva política hacia de cada día más y más necesario. Conocieron que la firmeza de los estados ya no se derivaba tanto de la virtud y el valor, cuanto del número y riqueza de sus miembros; conocieron que se apoyaba principalmente en aquel arte mortífero que inventó la ambición, y en la ingeniosa disciplina y en las horrendas armas que tan cruelmente perfeccionó y multiplicó; conocieron, en fin, que este poder funesto no se compraba ya sino á fuerza de oro; que si los pueblos no eran ricos, no podían ser libres ni dichosos; y que levantando sobre la tierra este ídolo, era preciso espe-

rar de la sabiduría los únicos dones que podían aplacarle.

¿Y por ventura, amenazados por todas partes de los feroces designios de la ambición, pudieron los legisladores rehusar este culto? Temer aquellos designios era una prudencia necesaria; prepararse contra ellos, un sacrificio debido á la paz y á la seguridad de los pueblos. En medio de tan general convulsión, ¿qué pudo hacer el gobierno más justo, sino temporizar con esta terrible necesidad, y conciliarla con el sosiego y la dicha de sus miembros? Y cuando la fuerza pública no puede establecerse ya sino en el superfluo de las fortunas privadas, ¿qué deberá buscar el gobierno más justo, sino el aumento de las fortunas privadas, para hacer más firme la seguridad y más respetable la fuerza pública?

Asturianos, ved aquí el grande objeto de los nuevos estudios á que hoy os llama nuestro buen rey: promover los conocimientos útiles para perfeccionar las artes lucrativas, para presentar nuevos objetos al honesto trabajo, para dar nueva materia al comercio y á la navegación, para aumentar la población y la abundancia, y para fundar sobre una misma base la seguridad del Estado y la dicha de sus miembros: tal es el término de su beneficencia, y tal debe ser el de vuestras vigili-  
as.

Para conseguir tan grandes fines os llama vuestro rey al estudio de la naturaleza, y os convida á que busquéis en ella aquellas útiles verdades sobre que están librados. He aquí la divisa de este nuevo Instituto. No se tratará en él de ofuscar vuestro espíritu con vanas opiniones ni de cebarle con verdades estériles; no se tratará de empeñarle en indagaciones metafísicas, ni de hacerle vagar por aquellas regiones incógnitas donde anduvo perdido tan largo tiempo. ¿Qué es lo que puede encontrar en ellas la temeraria presunción del hombre? Desde Zenón á Espinosa y desde Thales á Malebranche, ¿qué pudo descubrir la ontología, sino monstruos ó quimeras ó dudas ó ilusiones? ¡Ah! sin la revelación, sin esta luz divina, que descendió del cielo para alumbrar y fortalecer nuestra oscura, nuestra flaca razón, ¿qué hubiera alcanzado el hombre de lo que existe fuera de la naturaleza? ¿Qué hubiera alcanzado aun de aquellas santas verdades que tanto ennoblecen su sér y hacen su más dulce consolación?

Si algún estudio nos puede levantar á estas verdades, es el

estudio de la naturaleza, es el estudio de este orden admirable que reina en ella, que descubre por todas partes la sabia y omnipotente mano que le dispuso, y que llamándonos al conocimiento de las criaturas, nos indica los grandes fines para que fuimos colocados en medio de ellas. Corred pues, amados compatriotas, á cultivar este inocente y provechoso estudio. Corred, y mientras una parte de nuestra juventud, ansiosa de ejercer los ministerios de la religión y de la justicia, recibe en las escuelas generales los principios del dogma y la moral pública y privada, venid vosotros á estudiar la naturaleza; poned los ojos en este gran libro que la Providencia abrió ante todos los hombres para que continuamente le leyesen; buscad en su inmenso volumen aquellas páginas que el dedo de la verdad ha señalado; aumentad este patrimonio, todavía pequeño, pero muy precioso, y este sea el fin de vuestras tareas, éste el de vuestra ambición y vuestra gloria.

No temo yo, amados compatriotas, que le menospreciéis. Dotados de una razón clara y penetrante, y de un espíritu capaz de remontarse á los altos principios de las ciencias, mi voz no se ocupará tanto en excitar vuestra aplicación, como en recomendaros la modestia con que debéis entrar en esta nueva senda de la sabiduría; no tanto en aguijaros para que corráis inconsideradamente por ella, cuanto en señalaros los riesgos y pricipios que están en su orilla, y las oscuras é intrincadas trochas en que podéis extraviaros. La verdad y la utilidad, que son objeto de este Instituto, lo serán hoy de mis exhortaciones. ¡Dichoso yo si el celo que me las dicta lograra inspiraros aquella sobriedad, aquella constancia, sin la cual no puede ser alcanzado objeto tan sublime!

Sin duda que el hombre nació para estudiar la naturaleza. Á él solo fué dado un espíritu capaz de comprender su inmensidad y penetrar sus leyes; y él solo puede reconocer su orden y sentir su belleza, él solo entre todas las criaturas. ¿Hay otra por ventura capaz de abrazar este sistema de unión y de armonía en que están enlazados todos los entes, desde los brillantes escuadrones de estrellas que vagan por el inmenso cielo, hasta el más pequeño átomo de materia que duerme en el corazón de los montes? Hay otra que pueda columbrar en esta armonía, en este orden, en esta grandeza, la mano sapientísima del Criador, ó que absorba en la con-

templación de tantas maravillas, pueda subir hasta su trono, y entonarle ardientes himnos de gratitud y de alabanza? Ved aquí, amados compatriotas, señalada la vocación, ved aquí indicado el objeto de vuestro estudio.

Pero estos dones preciosísimos, dados al hombre para conocer la naturaleza y poseerla, ¿serán convertidos por su orgullo en instrumentos de opresión y de ruina? Á la verdad que en ellos se encierra, por decirlo así, el título de su soberanía. Pero si el hombre hubiese de ejercerla según su albedrío ó sus pasiones, ¿nacería tan débil y desnudo, tan tímido y desarmado como sale al mundo? Sin duda que entonces la Providencia le habría dotado de más vigor y agilidad que á las otras criaturas, y dádole una fuerza superior á la fuerza y poder de los elementos. Entonces no le hubiera cercado de tantos peligros ni sujetado á tantas necesidades y miserias. Reconozcamos, pues, que no teniendo otra superioridad que la de nuestra razón, si por ella dominamos en la naturaleza, debemos también dominar según ella.

Empecemos pues perfeccionando esta razón, cuya excelencia no se cifra tanto en su vigor cuanto en la facultad de adquirirle, no tanto en su perfección cuanto en su perfectibilidad. Débil y tenebrosa mientras se abandona á su natural pereza, se fortifica y extiende en el ejercicio de sus facultades, hasta que remontada sobre la naturaleza, se lanza á la contemplación de las verdades más sublimes y más distantes de ella.

Pero en este progreso la imaginación suele engañarla, y las pasiones la extravían á cada paso. ¡Qué de precauciones, qué de apoyos no necesita para seguir constantemente el único camino que guía á la verdad, y para no perderse en los infinitos senderos del error! Busquemos pues estos apoyos, y tratemos de perfeccionar nuestra razón, antes de llamar á las puertas de la sabiduría.

Cultivemos primero el dón de la palabra, cultivemos este admirable instrumento de perfección y comunicación, dado al hombre sólo para analizar y ordenar sus pensamientos, para sacarlos de los íntimos escondrijos de su alma, para imprimirlos en las de sus semejantes, para extenderlos por toda la tierra y transmitirlos de generación en generación hasta la más lejana posteridad. Por su medio se hacen comunes todos

los bienes y todas las verdades. ¡Ah! ¿Por qué la ambición, por qué las frenéticas pasiones, multiplicando este instrumento, le han inutilizado? ¿Por qué han levantado en la diferencia de idiomas un muro de separación más insuperable al hombre que los montes y mares? ¿Por qué han dividido en pueblos y naciones, por qué han condenado á perpetua discordia, la gran familia del género humano? Pero cediendo á tan poderosa necesidad, tratemos de disminuirla. Estudiemos las lenguas de las naciones cultas, estudiemos por lo menos aquellas que atesoran las riquezas de la antigua y moderna sabiduría, y adquiriendo las que hablaron Newton y Priestley, Buffon y Lavoisier, traslademos á nuestra patria los grandes monumentos de la razón humana.

¿Y por ventura reputaréis indigno de su grandeza el arte del diseño? Si el lujo le esclavizó á los placeres de la imaginación, la sabiduría, aplicándole al socorro de la razón y de nuestras necesidades, ennoblecerá su ministerio. Toda la naturaleza pertenece á su jurisdicción. Capaz de imitarla, capaz, por decirlo así, de mejorarla, de criarla de nuevo, servirá á las ciencias demostrativas como fiel depositario de sus verdades, y servirá á las ciencias naturales y á las artes útiles como primera guía en sus operaciones. Sus signos hablan con todos los pueblos y á todos los hombres, y expresan las producciones de todos los climas y todos los tiempos. Cultívale pues, y los rasgos de vuestra mano presentarán un día, así á los ojos del malabar y el samoyedo como al sabio inglés y al industrioso chino, las ricas producciones de este suelo.

Ni os contentéis con estos auxilios. El ejercicio de vuestra razón necesita de más firmes apoyos. Buscad el primero, el más seguro de todos en aquellas ciencias que sólo dan culto á la verdad demostrada; ciencias que el hombre mismo inventó y llevó á la mayor altura. Ellas son el grande, el poderoso instrumento de la razón humana; son las precursoras de la verdad y sus inseparables compañeras. Nada hay en su jurisdicción de ambiguo ni dudoso, nada que no sea cierto y demostrado. El escepticismo se prostra ante su imagen, y el error huye avergonzado de sus confines. Con estas alas vuela seguro nuestro espíritu desde los principios más sencillos indicados por la naturaleza hasta las verdades más altas colo-

cadras sobre sus inmensas regiones. Ningunas perfeccionan tanto nuestro sér, ningunas le ennoblecen más. ¿Hay por ventura un objeto más grande, más digno de nuestra contemplación, que ver el débil espíritu del hombre levantado por esas ciencias á tanta altura, pesando las inmensas aguas del Océano, averiguando el tamaño, la distancia y el movimiento de los planetas, midiendo su luz y sus espléndidos caminos, y sujetando á sus cálculos el infinito mismo?

Pero guardaos, amados compatriotas, de abusar de este precioso instrumento; guardaos de aplicarle á objetos que no sean dignos de su excelencia y nuestra vocación. No olvidemos jamás que nos fué dado para mejorar nuestra existencia y concurrir al bien del género humano, y que si somos llamados al estudio de la naturaleza, no es para satisfacer nuestro orgullo, sino para socorrer nuestra miseria. ¡Qué! ¿no será en el hombre necia temeridad arrojarle á medir la inmensa extensión de los cielos, sin conocer la tierra que habita y le alimenta?

Y ved aquí una ventaja de que ciertamente se puede gloriarse nuestra edad. Sin duda que tendremos pocos nombres que oponer á los claros nombres de Euclides y Arquímedes; ellos fueron los maestros del mundo, y son todavía sus guías en el estudio de las verdades abstractas. Pero ¿qué fruto sacó de ellas la presuntuosa antigüedad? Levantada sobre la naturaleza, apenas se dignó de observarla, y mientras indagaba desvanecida las propiedades abstractas de los cuerpos, yacía en la más grosera ignorancia de su esencia y destinos; como si tantos bienes derramados por la sobreabundancia de la tierra fuesen indignos de su contemplación, ó como si pudiese llamarse sabiduría la que no se consagra al bien y al consuelo de los mortales.

Concluyamos de aquí que perfeccionando el órgano de nuestra comprensión, debemos aplicarle al conocimiento de los entes que nos rodean; que no debemos contentarnos con averiguar las propiedades de los cuerpos como separadas, sino también como inseparables de ellos. Este es el carácter de aquellas ciencias que entre las exactas se llaman físicas; de aquellas que conduciendo al espíritu humano á la observación y haciéndole bajar de las obscuras regiones en que andaba extraviado, le forzaron, por decirlo así, á seguir los

lentos pasos de la experiencia, y le introdujeron poco á poco en el alcázar de la naturaleza.

Con tan poderoso auxilio, ¿qué progresos no hicieron las ciencias naturales? ¿Qué progresos tan portentosos, después que el hombre unió la observación al raciocinio, se sujetó á la experiencia y al cálculo, y se acostumbró á caminar continuamente á su lado? Los antiguos filósofos cultivaron también estas ciencias; pero desconfiando de sus sentidos, se entregaron del todo á su razón, y la física no fué para ellos más que una ciencia especulativa, eternamente ocupada en el estudio de las propiedades abstractas de la materia. El gran genio de Aristóteles, que tanto ennobleció el espíritu humano, acabó de tiranizarle; y su prodigiosa comprensión, asombrando á los sabios subyugó á su autoridad los sabios y la sabiduría. ¿Qué de siglos no corrieron, en que su solo nombre establecía los dogmas de la física como los de la dialéctica y ontología? Y si Descartes y Newton, sacudiendo estas cadenas, no hubiesen sometido su doctrina al criterio de la experiencia, ¿cuán lejos no vagaría todavía nuestra razón de los umbrales de la naturaleza?

Entremos por ellos, amados compatriotas, y sigamos las huellas de estos ilustres genios, nacidos para conocerla y honrarla. Estudiemos, como ellos, la naturaleza, uniendo la experiencia al raciocinio y haciendo que la observación sea perpetua compañera de entrambos. Pero guardémonos de seguir esta sola guía, de entregarnos ciegamente á ella. Si los antiguos filósofos asustados de la falibilidad de sus sentidos, se fiaron sólo de su razón, y privados del auxilio de la experiencia, cayeron en la vanidad y el error, ¿cuántos de los que ahora filosofan, desconfiados de su razón, pretenden esclavizar la verdad á la tiranía de los sentidos? ¿Qué de sistemas absurdos, qué de hipótesis atrevidas y locas no ha producido esta manía, este nuevo frenesí en el estudio de la física? Pero ¿acaso puede desconocer el hombre su propio ser? ¿Puede ignorar que le fué comunicado este destello de la luz celestial para socorro de sus débiles y falaces sentidos? ¿Ó puede olvidar que su espíritu fué atado á la materia y como aherrojado en medio de ella para que recibiese las ideas por medio de las sensaciones, y para que no pudiese percibir sin sentir, ni pensar sin haber sentido? Huyamos,